© Nefal - El guerrero de la justicia
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Julio 2024
© Benjamín Paredes
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Camilo Palma
Corrección de textos: Felipe Reyes
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual: 2021-A-8562



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

"La humildad nos ayuda a no cerrar los ojos"

Capítulo 1
Triste realidad



Cada despertar trae una avalancha de decisiones, problemas y angustias que hacen el día interminable. Siento que cada día es la repetición del anterior. No. No puedo afirmar eso. Creo, en realidad, que cada día es peor que el anterior. Salvo excepciones. Como la vez que fuimos de paseo con mi familia, estuvo genial. Pero solo fue un día, de ahí jamás volví a estar con mi familia así. Familia… ¿Son realmente familia, si ahora que estoy cansado, aproblemado y ellos no están? Problemas… ¿Son problemas asuntos que no tienen solución, o al menos yo no la encuentro? Desvarío… y es que mi vida se refleja en estas ideas. Inestabilidad, desazón, malestar, soledad.

Me levanto sin esperar nada nuevo, nada positivo. Suena el celular con una canción de Bruno Mars que al menos me hace bailar. Y mientras me entretengo con la canción no alcanzo a contestar. Número desconocido. Como si necesitara que me recuerden que estoy solo, que para el mundo soy un completo desconocido, un simple "SPST" (Simple Persona Sin Talento). Espero que me vuelva a llamar. No sucede. Dejo el teléfono. Cuando estoy listo para ducharme, suena

nuevamente. Cuando llego a contestar, no alcanzo. Esto me está frustrando más de lo que pensé. Vuelvo al baño, me ducho, me visto y me preparo para salir. Cuando estoy cerrando la puerta del jardín, siento mi celular sonar otra vez, se me ha quedado en casa. Corro rápidamente, me cuesta acertarle a la llave y cuando logro tomar mi celular… ¡qué novedad! Ha terminado la llamada. Cuando por fin salgo, pienso en estos detalles. Para algunos sería gracioso, otros se molestarían, otros devolverían la llamada, y para otros pasan inadvertidos. Para mí, son un mundo, un muro, una barrera, un recordatorio de ser un perdedor. ¡Qué estupidez!

El día va transcurriendo como siempre. La verdad, no… peor, cada día es peor al anterior. Nuevamente desvarío. Sin darme cuenta, ya me encuentro en el liceo, perdido en la clase de Lenguaje, más encima la profesora me reta por no responder qué es una comparación. Y sé lo que es. O al menos lo deduzco. Comparación: que compara. Para comparar hay dos cosas como mínimo. No lo digo por encontrarlo demasiado obvio y sencillo, y en esta vida nada es sencillo o fácil. Pero resulta que eso es. La profesora nos hace escribir 10 veces la misma respuesta. Soy un perdedor. Un acomplejado. Matemáticas, un suplicio. El profesor está llenando de ejercicios la pizarra, y como mi suerte es de maravilla, me hace pasar a mí. Ni idea de cómo se resuelve. Suponía que las matemáticas son de números... veo letras, x, y, z; de reojo reviso el horario de la sala para ver si es que seguimos en Lenguaje, pero no, dice Matemáticas, el profesor me está recordando que soy flojo, un perdedor, un mediocre. Me voy a sentar, humillado. En Historia, el profesor Benjamín habla sobre civilizaciones antiguas: Egipto, Grecia, y otras ya olvidadas. Mientras lo miro atento, voy garabateando algunos dibujos de él en mi cuaderno, me

parece simpático, entre una mezcla de un adulto joven y una persona mayor con experiencia. Nos dice:

—Estas civilizaciones empezaron de la nada, sin tener nada, sin ser nada más que simples desconocidos; por su lucha, inteligencia y habilidades llegaron a ser recordadas muchos siglos después.

—¿Cómo es posible que alguien insignificante llegue a destacarse de esa forma, aun superando cientos de años?

Para mi horror, me veo haciendo esa pregunta en voz alta. Como era de esperar, todos se burlan de mí. Pero el profesor me responde.

—Va en cada uno creer que podemos llegar a ser mejores de lo que hoy somos. Durante nuestra vida seremos perdedores, ganadores, simples observadores de la vida de otros, activos participantes de la sociedad, etc. Nuestra vida está cargada de matices, de momentos agradables y momentos horribles. Es nuestra voluntad la que debe predominar, el deseo de seguir intentándolo, para acertar, pero también para equivocarnos, para reír, pero también para llorar. Es la humildad, cualidad importante, la que nos ayuda a no derrumbarnos cuando nos equivocamos, porque la humildad nos recuerda que no somos perfectos, que tenemos limitaciones. La humildad nos ayuda a no cerrar los ojos.

Creo que tiene sentido, pero ¿se aplicará en mí? No creo que haya existido un perdedor como yo. Eso que él dijo debe ser para otros, pero definitivamente no para mí. Y mientras pienso en esto, una cuarta llamada perdida del mismo número desconocido me despierta de mis reflexiones. Esto ya empezó a preocuparme. Debe ser urgente.

Mientras estoy en el comedor del liceo, solo como siempre, veo a todos en grupos, cada uno en sus celulares, viendo videos en TikTok o jugando juegos de guerra. Un

par de matones pasan botando las bandejas de los más ingenuos de primer año, o de cualquiera que los mire demasiado. Aparto rápidamente la vista cuando veo que se acercan dónde estoy.

—¿Tienes algún problema, imbécil? —vocifera el más gordo de los dos.

—Ninguno, no quiero problemas —respondo dirigiéndome a los baños. El otro más alto, me empuja, pero logro equilibrarme para no caer. No miro hacia atrás, y me dirijo al baño. Cierro la puerta tras de mí y doy la llave para mojar mi cara. Siento la puerta abrirse, y cuando volteo a ver, dos manos gordas me toman del cuello y otras manos me toman de las piernas.

—Esto te enseñará a no meter las narices donde no corresponde, estúpido.

Los dos matones me meten al inodoro, quedando mis zapatillas empapadas y con mal olor. Brillante, día perfecto.

—No sabía que tenía más de una nariz, pero lo tendré presente —digo sin ganas, deleitándome en la cara de estúpido que pone el tipo más alto, sin siquiera entender a qué me refiero. Cuando siento que ya se van del baño, salgo tratando de quitarme las zapatillas y los calcetines, y tan propio del perdedor que soy, salgo al patio a secar mis pertenencias. Todos se burlan de mí, señalándome con el dedo. Desde atrás alguien me golpea la espalda. Ya no quiero más. Me doy vuelta esperando un golpe.

—La estupidez juvenil alcanza límites indescriptibles. Acompáñame a mi oficina, te ayudo con tus zapatillas.

El profesor Benjamín me lleva por el pasillo al otro lado del baño. Lo sigo solo porque ya no aguantaba más la humillación de las carcajadas de todos.

—No se moleste, profesor, no malgaste su tiempo en

mí, estoy bien.

—No eres molestia, Oliver, siempre será un placer ayudar a quien lo merece.

Nos sentamos fuera de su oficina. Después de haber entrado por unos segundos, sale con un par de calcetines y zapatos de colegio nuevos. Le hago señas que no los necesito.

—Por favor, Oliver, no puedes enfermarte. Permíteme ayudarte con esto. No dejes que esos tontos afecten tu ánimo. No saben lo que hacen, y nunca serán valiosos como tú.

Lo miro sorprendido.

—Valioso es mucho decir, profesor. Si ve mis notas o mi historial académico, se dará cuenta que no soy brillante en nada —respondo algo confundido por el halago del profesor.

—En algún momento te darás cuenta, Oliver, falta muy poco. Hasta entonces, cuídate —y entró a su oficina.

Me quedo mirando la puerta, desconcertado por la amabilidad y preocupación del profesor. Nunca nadie, absolutamente nadie, se había preocupado por mí, y menos destacar algo positivo, que claro, no tengo.

Voy a mis siguientes clases, en las que estuve sin prestar atención, y volví a la normalidad de pasar desapercibido. Al escuchar el timbre, todos salen corriendo, mientras yo espero que salga la avalancha para salir tranquilo.

Llego a casa, con la luz tenue de los últimos rayos del sol. Veo que mamá aun no llega de su trabajo, una oficina contable no sé muy bien de qué. La verdad, es muy poco lo que hablamos, por no decir nada.

La noche pasa muy rápido, cuando suena el despertador anunciando un nuevo día, no espero nada, se repite la misma rutina de siempre.